

riente, vamos al decir; ¿O cree el señor que los cocheros son de madera? Ahora se echa un sueño la pobre, mientras llega la hora de algo mejor... Conque, ¿dónde vamos?

Enrique de Corpo-Santo miró en torno suyo y vió que no había en la calle otro coche que aquel, por lo cual se decidió á tomarlo, aunque muy visiblemente contrariado. Cuando el indio se hubo reunido con él, el regocijado cochero insistió en su pregunta :

— Pues usted dirá donde vamos, dicho sea sin mandarle.

— A la barrera de Neuilly, y á escape.

Un momento después desaparecía el coche en dirección á la calle de Rivoli.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

FLAVIA SOBRE LA PISTA

Es indudable que el conde de Corpo-Santo no miró bien á derecha é izquierda antes de tomar el coche, pues un momento después otros dos carruajes estacionaban delante del restaurant.

Apenas se puso en movimiento el que le conducía cuando la mujer que ocupaba un sitio en el pescante, acomodándose bien, como si se dispusiera á dormir lo mejor posible, apoyó la cabeza contra la pared anterior del vehículo, de modo que su oído quedó como por casualidad pegado al ligero enrejado que en muchos coches existe en la parte superior de la vidriera para facilitar la ventilación sin necesidad de bajar el cristal.

Enrique, sentado en los almohadones grasientos del coche de punto parecía hallarse en él tan á gusto como en su propio carruaje. Encendió un cigarro, y alegre al parecer, y aun cuando sin motivo para ello dióse á burlarse de su compañero de expedición.

— Tiene usted cara de entierro, amigo Ben, — le decía. — ¿Es que ha soñado usted que el estilete del shaif se ha puesto en contacto con esa piel curtida que Dios le ha dado?

El indio se estremeció al oír esto.

— Al contrario, — replicó; — he pensado en el modo de impedir ese contacto. ¿ No tiene usted aquí una policía? ¿ Pues por qué no lo hace prender?

— ¿ Prender á quién?

— Al Shaif.

El conde lanzó una ruidosa carcajada.

— Tiene usted las grandes ocurrencias, amigo Ben. Y yo, que ni siquiera había pensado... El enemigo de los Cristal-Daggers — y conste que ahora hablo en serio — es fácil de reconocer, por cuanto las dos cicatrices que tiene en la cara constituyen una verdadera cédula de identidad; pero tiene protectores poderosos, amigo Ben, y como no es de creer por otra parte que se hospede en un hotel de último orden, ¿ quiere usted decirme dónde voy á buscarlo?

— De modo que usted no sabe dónde encontrarlo?... Pues entonces ¿ cómo es que está usted tan al corriente de sus intenciones?

— Por un extranjero.

— ¿ Es posible!

— Como usted lo oye. Verá usted. Anteanoche, en casa de la vizcondesa de Aubinesco, hube de contar algunas de mis aventuras; y como notase ciertas sonrisitas de incredulidad, que me molestaron no poco, hube de añadir estas palabras: « Si aquí se encontrase alguna persona que hubiera estado en Ceilán no dejaría de confirmar cuanto acabo de decir, señoras. »

— Y como salido del infierno, salió un testigo; — interrumpió Ben.

— En efecto, — siguió diciendo el conde. — Y ese testigo no sólo me me desmintió sino que amplió considerablemente mi relato, añadiendo algunas verdades que yo me había guardado bien de decir. Y no es eso todo; ¿ querrá usted creer que invocó mi testimonio contra la depravación de los Cristal-Daggers, y que no tuve más remedio que convenir con él en que todos los miembros de esa asociación eran verdaderos bandidos, canallas y asesinos?

Ben oía al conde estupefacto.

— Como, la verdad sea dicha, yo no esperaba un ataque tan brusco, hube de desconcertarme un tanto en

presencia de aquel hombre, dueño indiscutible de todos nuestros secretos.

— Ese hombre debe ser el shaif en persona.

— Tal supuse yo en el primer momento, con tanta más razón cuanto que sus dos mejillas ostentan otras tantas cicatrices de balazos. ¡ Ah, ese hombre es más hábil de lo que parece! No sabe usted con qué maña se aprovechó de la estúpida manía de la vizcondesa por las historias de aventuras, y cuán hábilmente tomó pie de ciertas palabras pronunciadas antes por mí, para referir, no tan sólo cómo nos hicimos Cristal-Daggers, sino también por qué puerta pudo salir del campo el jefe de los hermanos de la concha hecho prisionero.

— ¡ Me deja usted pasmado! — murmuró el indio. — ¿ Qué se proponía ese personaje con tal historia, y quién es él?

— No lo sé á ciencia cierta, pero creo que debe ser un amigo delegado por el shaif para vigilarme y prevenirme de su llegada.

— ¿ No podría usted comprarle?

— ¿ Para qué? Precisamente lo que tiene de bueno el jefe de los hermanos de la concha es que no ataca á traición.

Seguía el coche rodando, pero sin sobresaltos; había atravesado la plaza de la Concordia, y se deslizaba suave y silenciosamente por la avenida de los Campos Elíseos cuyo pavimento era de madera. El conde arrojó el cigarro por la ventanilla, y continuó hablando.

— Dejemos eso por ahora, — dijo — y tratemos de lo más interesante. Me ha dicho usted que su viaje á Europa no tiene más objeto de el de verme de nuevo. Me parece inútil manifestarle que no creo semejante cosa. Usted ha venido á buscar á otra persona, ¿ verdad?

— ¡ No! Le juro á usted...

— Déjese de juramentos, amigo Ben; conmigo son inútiles porque no he de creer en ellos. Si usted jura eso es sin duda porque ha olvidado cierta noche de tormenta en que los dos nos encontrábamos en un bosque y en que creyéndose usted próximo á morir me contó de pe á pa toda su vida, bastante accidentada por cierto. Yo en cambio tengo una excelente memoria, y recuerdo que

antes de llevarme á Mantote y á la bahía de Adam, era usted beluario, ó por lo menos exhibía bestias, y que antes de exhibir bestias fué usted guía, y que antes de ser guía formaba usted parte de una asociación de mendigos establecida en Commercial Road, en Londres. ¿Ve usted cómo tengo buena memoria? Pues bien, si me tomo la molestia de recordarle todo esto es sencillamente para probarle que me mintió usted ya cuando nos conocimos al asegurarme que no había pasado nunca el charco, y además para obligarle á confesar que el presente viaje no lo ha hecho usted por mí sino para ver de encontrar una hija, fruto de ciertos amores de usted con una dama inglesa.

— Pues bien, sí, lo confieso; — balbuceó Ben. — No hay medio de ocultar á usted nada.

— Veo que entra usted por el camino de la confesión. Bueno, pues franqueza por franqueza. Si es cierto que tiene usted prisa por encontrar á su hija, no ha debido venir á ofrecerme sus servicios. Porque resulta que necesito de usted, que le tengo en mi poder, y que no he de dejarle hasta que el trabajo que voy á señalarle y el que yo mismo me he impuesto, queden terminados.

El pobre indio no las tenía todas consigo.

— ¿Piensa usted seriamente en atacar al shaif? — preguntó.

— ¿Cuántas veces se lo he de decir á usted? — dijo el conde con dureza. — Estando como está sobre la pista mía, y por carambola sobre la de usted también, ese enemigo implacable que no ha de darnos tiempo á revolvernos, la prudencia más elemental aconseja que seamos nosotros los primeros en atacar, imposibilitando de este modo su obra de venganza.

— ¿Y si yo me niego á seguir á usted por ese camino? porque al fin y al cabo, yo he renunciado ya á la vida de aventuras.

— Cómplice que retrocede, amigo Ben, se convierte en eso que en el caló policiaco se llama un carnero, es decir, un denunciador, el peor de los enemigos.

— Es que yo no pienso denunciarle á usted al jefe de los hermanos de la concha.

Corpo-Santo, con tono sarcástico, continuó:

— No tiene usted necesidad de jurarlo; ya sé cuánta es su prudencia... ¡Como que hacer esa denuncia equivaldría para usted á colocarse voluntariamente entre dos puñales de cristal envenenados!... Pero no es eso; es que la partida ha empezado ya, y que no puede usted elegir entre servirme ó no servirme. He aquí pues mis instrucciones. Hoy mismo, por la mañana, irá usted á la taberna del Tonel Rojo, pasaje del Campo Maria, detrás de la calle de Championnet, cuya clientela trabaja de noche y durante el día duerme ó bebe. Allí escogerá usted, á su antojo, media docena de clientes *de confianza*; no puede usted equivocarse en la elección porque allí todos son del oficio. Por ahora no tendrán otra cosa que hacer que hallarse dispuestos á obedecer á la primera señal. Veinte francos por cada día de espera á cada uno de ellos, y quinientos lises á repartir después de cada negocio; es decir, en total, unos sesenta mil francos.

— Sesenta mil francos, — calculó Ben, — á quinientos lises por negocio... quiere decir que son seis los negocios.

La oferta era espléndida, y el indio amaba el dinero. De ahí que pensará al instante en restringir un tanto el número de comparsas á contratar; pero, por otra parte, la abundancia de los *negocios* le asustaba.

— ¿Y por quién empezaremos? — preguntó.

— Por el doctor A...

— ¿El doctor qué?

— No le conozco por otro nombre. Es el amigo del shaif, de quien hablé á usted antes, que ha revelado todos nuestros secretos ante numerosa asamblea, poniéndome casi en el trance de tener que aprobar sus palabras.

— Pero ¿qué es lo que se le ha de hacer?

— ¡Amigo Ben, es usted admirable, palabra de honor! ¿De qué quiere usted que se trate sino de hacerlo desaparecer, lo mismo que á los demás?

El conde pronunció estas palabras con calma espantosa. Por su parte el amigo Ben, que no debía ser ningún novicio, las oyó con perfecta indiferencia. Luego preguntó:

— ¿Quiénes son los demás?

— El primero Ali-Akmet, jefe de los hermanos de la concha; enseguida el marqués Trogoff de Kerbiroët.

— Ya tenemos tres.

— Sí, tres hombres; pero hay además tres mujeres, la primera de las cuales es una mulata llamada Flavia.

La joven que ocupaba un sitio en el pescante hizo un movimiento involuntario al oír esto. Por su parte Ben tuvo un gesto de desagrado al saber que entre las víctimas sentenciadas se encontraba una mulata.

— Cuanto á las otras dos...

Iba el conde á pronunciar el nombre de las pupilas del marqués, pero se contuvo recordando de pronto entusiasmado la espléndida hermosura de Amy.

— Aun no he decidido la suerte de las otras dos, amigo Ben; — dijo por fin. — Ya se la haré conocer á usted en tiempo oportuno. Por el momento sólo me resta añadir que excepción hecha de la mulata y del shaif, todos los demás habitan el hotel del marqués de Kerbiroët.

Aun cuando el indio comprendía la inutilidad de un refuerzo gratuito, se atrevió sin embargo á preguntar:

— ¿Ayudarán algo los dos amigos de usted?

— ¿Quién, de Hauster y de Erute?

— Sí, así creo que los llamaba usted... Me ha parecido verlos ayer, en una casita de cerca de las fortificaciones.

— Amigo Ben, sepa usted que mis dos compañeros no ayudarán en lo más mínimo, por la sencilla razón de que no quiero mezclarles en este asunto. Más aún; recuerde usted, si llega el caso de que se encuentre alguna vez en presencia de ellos, que mis secretos no les pertenecen. Quiere esto decir que impongo á usted la discreción más absoluta... Ya estamos en la Puerta Maillot; haga usted lo que le he ordenado, y vaya esta tarde á mi hotel para darme cuenta del resultado de sus gestiones.

Detúvose el coche. Enrique de Corpo-Santo abrió la portezuela y saltó al suelo; volviéndose enseguida hacia el indio, le tendió un bolsillo.

— Tome usted — le dijo — pague al cochero y sígame sin tardar. Aun tengo necesidad de usted.

Ejecutada la orden, Ben siguió al conde que se internaba ya en la Avenida Malakoff.

La mujer que ocupaba el pescante deslizó á su vez una moneda de oro en la mano del cochero, y pegándose á los muros para no ser vista, tomó la misma dirección seguida por los dos hombres.

La luz pálida del alba comenzaba á teñir el cielo de vagos resplandores. El conde, con la cara casi tapada, aun cuando no se veía en la avenida á alma viviente, torció á mano derecha y luego de andar un trozo de la rue Pergolese tomó á la izquierda la de Leroux. Llegado ante un muro que ocupaba por entero uno de los lados de la calle, se detuvo, mirando en torno suyo con desconfianza. La calle estaba desierta. Sólo á distancia de unos cincuenta pasos veíase un bulto arrimado al hueco de una puerta; algo que afectaba la forma de una persona agachada, y que bien podía ser un montón de arena ó materiales del derribo de una casa próxima.

No había además tiempo que perder, pues media hora más tarde la calle sería invadida por los barrenderos.

— Vaya, amigo Ben, sírvame de escalera y podrá irse á acostar enseguida.

— ¿Cómo de escalera?

— Sí, hombre, sí; colóquese usted ahí contra la muralla, así, pero firmes las piernas... cruce ahora las manos y deje caer los brazos... ¡Eso es! Ahí tiene usted el primer escalón...

Enrique, sin dejar de hablar puso el pie izquierdo entre las cruzadas manos del indio, y apoyándose en la cabeza de éste procuraba escalar los hombros.

— No se mueva usted ni tiemble de ese modo, que nos vamos á caer los dos... ¡Maldición! aun faltan veinticinco centímetros para llegar á la cresta del muro... Y ni siquiera una piedra para que pueda usted subirse... Cuidado, no se mueva ahora aunque le dé una sacudida... voy á saltar...

La advertencia era amistosa, pero no impidió que Ben fuese á rodar al centro de la calle; tan formidable fué el empujón que el conde hubo de imprimir, al dar el salto, á su escalera viviente.

— Lo dicho, — le gritó el conde desde la cresta del muro. — Al *Tonel Rojo* por la mañana, y por la tarde á mi casa.

Dicho esto desapareció deslizándose por la tapia hasta el interior de la propiedad.

Levantóse Ben malhumorado, y empezó á deshacer, refunfuñando, el camino poco antes recorrido en compañía del conde. De pronto una voz resonó á su espalda, y el espanto, pues él se creía solo, hubo de helar la sangre en sus venas.

— ¡Ben! — había dicho la voz.

Detúvose el indio sin volverse, preguntándose si no sería prudente echar á correr. Y la misma voz, con tono de impaciencia resonó de nuevo en sus oídos.

— ¡Ben!

La fuga era imposible; por lo menos comprometida. Comprendiéndolo así, viéndose perdido, el indio hizo de tripas corazón, como se dice vulgarmente, y se volvió con brusquedad, deseoso de probar que llegada la ocasión también él sabía defenderse.

Y sucedió que apenas vuelto, un suspiro de satisfacción se escapó de sus labios.

— ¿Cómo, es usted, la mujer del cochero? — dijo reconociendo á la mujer del pescante. — ¡Pues no me ha dado usted mal susto!

— No me extraña; — contestó Flavia la mulata. — Cuando la conciencia no está muy tranquila, como le sucede á la de usted, señor Ben...

— Ned, — interrumpió el indio ya más tranquilo; — Ned, si usted lo permite. Es por abreviar.

— Lo mismo da Ned, que Ben, que Mad...

El hombre la miró con estupor.

— ¿Cómo sabe usted eso? — le preguntó, al mismo tiempo que apoderándose de uno de sus puños lo oprimía brutalmente.

Pero Flavia, torciéndose como una culebra, púsose en franquía, y dejando caer ambas manos violentamente sobre el pecho del indio, le obligó á retroceder dando traspies.

— Nada de juegos de manos, — le dijo con tranquilidad, — y hablemos pronto y claro. Conste ante todo que no tengo ninguna prevención contra usted. Acaba usted de preguntarme cómo sé eso... ¡Bah! también sé otras muchas cosas. ¿Que no? Hace un instante hablé á

usted de su conciencia; ahora le diré que no puede estar muy tranquila la del que tiene encargo de hacer desaparecer tres hombres y tres mujeres; á lo que es lo mismo y más claro, de cometer seis asesinatos.

— ¡Más bajo, más bajo! — suplicó el indio apoyando su mano contra la boca de la mulata.

En la mirada de Flavia había algo de piedad y no poco de interés por aquel bandido.

— Y pensar, — dijo — que acepta usted esa criminal tarea de un malhechor sin conciencia, en vez de dedicarse á buscar á su hija, á la pobre hija que abandonó usted hace tantos años, y que falta de sostén y de protección, ha rodado tal vez hasta las últimas capas sociales...

Conviene decir aquí que Ben, padre de una naturaleza muy especial, había llegado en efecto á Europa con objeto de buscar á su hija. El cariño paternal se había desarrollado en él, como en la baronesa Lampessadas, algo tardamente.

— ¿Qué habla usted de mi hija? — dijo enjugando con la mano el sudor que el miedo hiciera brotar poco antes de su frente. — Usted pretende sin duda darme un disgusto. Mi hija no puede haberse hundido en el vicio como su padre... Ella era de otra naturaleza...

Flavia inclinó la cabeza.

— ¡Tal vez! — dijo. — Pero sola, sin madre ni hermanos, y pobre por añadidura, ¿qué quiere usted que haya hecho para defenderse?

Con la velocidad del relámpago, una sospecha cruzó por la mente del indio. Anhelante, con fatigosa respiración, contemplaba á su interlocutora.

— ¿Y si fuera ella? — decía á sí mismo. — Para hablarme de ese modo, para conocerme así, preciso es que...

— Ante todo, — repitió á media voz la mulata, conste que no tengo, como acabo de decir, animadversión contra usted. Es usted menos malo que débil, y no es difícil empresa el arrastrarlo. Y ahora, vamos por partes. ¿Ha vivido usted en algún tiempo en Commercial-Road, en Londres?

— ¿En Commercial-Road?

— Más claro. ¿No ha sido usted miembro del Paupers-Club?

El indio guardaba silencio. Flavia, que adivinaba su turbación, continuó diciendo:

— Sepa usted, Ben, que su desertión causó gran pesar á sus hermanos los pobres. ¿Y sabe usted cómo se vengaron de su abandono? Pues adoptando á la hija que dejaba usted desamparada al huir. Pobres, pero de sano corazón, ya lo vé usted. Desgraciadamente para todos, la niña llevaba en sus venas sangre de usted, es decir, de ambicioso, y no supo reconocer como era debido lo que por ella hicieran los socios del Paupers-Club... Pero no sé porqué le hablo de esto: ¿se ha fijado usted acaso en que soy mulata?

— ¡Mulata!

— Sí, la mulata Flavia, la misma á quien tiene usted encargo de suprimir... ¡Y Flavia la mulata, es su hija!

— ¡Mi hija! — gritó el indio procurando abrazarla.

— ¡Ah, ya sabía yo que mi emoción era ocasionada por algo muy grande... ¡Y qué hermosa eres, hija mía!

Rechazábalo ella dulcemente, y al recuerdo de su pacto infernal con el conde, exclamó el indio en el paroxismo de la cólera:

— ¡Has visto miserable como ése! ¡Impulsarme á que mate á mi hija!... Pero ahora está conmigo, junto á mí, me pertenece y sabré defenderla contra todo y contra todos... ¡Mi hija! ¡Mi hija!

Y parecía gozar de inefables delicias pronunciando esas dos palabras: «mi hija».

Flavia, rechazándolo de nuevo, decíale tranquila:

— No ha llegado aún el momento de que nos abracemos, padre. Antes, óigame usted; va usted á escoger ahora, ahora mismo, entre ese bandido y yo. ¿Quiere usted obedecerme, ó prefiere usted continuar á su servicio?

— Se trata de un hombre todopoderoso, pero aun cuando haya yo de morir mil veces, manda. A nadie más que á tí he de obedecer en lo sucesivo.

— Bueno; — aprobó la mulata. — Dígame usted el nombre de ese individuo.

— Es el conde de Corpo-Santo.

— ¿Un conde? Después de todo, nada tiene de particular. Y sus dos amigos, esos que viven cerca de las fortificaciones...

— Condes también; Clemente de Hauster y Francisco de Erute.

— Sospecho que aunque llevan nombres distintos están emparentados. Pero no es cosa de perder el tiempo hablando inútilmente mientras que él lo emplea en no sé qué trabajo misterioso detrás de ese muro. Padre, quiero saber lo que hace, y va usted á ayudarme á saltar la tapia, cómo le ha ayudado á él.

Hablando de este modo ambos interlocutores habían andado algunos pasos, deteniéndose en el mismo sitio que poco antes escogiera el conde para practicar su escaló.

— Pero desgraciada, — exclamó el indio aterrado — ¿no comprendes que ese hombre te va á matar?

Sonrió Flavia mirando al cielo, que la luz de la aurora blanqueaba un poco más á cada momento.

— ¡Ojalá! — dijo. — La vida, á que me he condenado como castigo de mi falta, no es para mí más que un suplicio superior á mis fuerzas. El descanso va siéndome cada vez más necesario.

Temblaba el indio oyéndola y en las palabras de la joven parecía ver un velado reproche de su conducta odiosa.

— Pero no hay cuidado; — añadió ella enderezando el flexible busto. — No es tan fácil como parece deshacerse de Flavia la mulata; si yo muriese de muerte violenta mi asesino rodaría conmigo á la eternidad... vea usted esto...

Mostrábale al decir tales palabras el dedo meñique de la mano izquierda, bajo cuya uña veíase una pequeña cantidad de cierta substancia negruzca.

— ¡Es curare! — dijo él retrocediendo.

— Que vale por todos los puñales del mundo, ¿verdad? Pues andando; busque usted un medio para hacerme pasar del otro lado de esa tapia.

— ¡Pero cómo! El es mucho más alto que tú y no alcanzaba la cresta subido en mis hombros.

— Por eso le digo á usted que busque un medio.

El indio se rascaba la cabeza, desesperándose al mismo tiempo por no saber de qué modo complacer á su hija.

— Vamos á ver, — preguntó de pronto — ¿ sabrías tú gatear en mi cuerpo, como en el tronco de un árbol ?

— Sí.

— Ten en cuenta que yo he de volverme de cara á la pared, y no me será posible ayudarte.

— No importa; para subir sobre la cabeza de usted no necesito ayuda.

Ben la contempló con admiración.

— No tendrás necesidad de ir tan alto; — dijo — he aquí mi idea. Voy á apoyarme contra la tapia de modo que sin hacerme temblar puedas tú subirte sobre mis hombros. Cuando estés en ellos te presentaré las palmas de mis manos; pon en ellas los pies, y á pulso te subiré todo lo que lo permita el largo de mis brazos, que creo que será bastante.

— No está mal pensado, padre. Al avío, que el tiempo vuela.

Vuelto el indio contra la pared, Flavia recogióse las sayas y se encaramó sobre sus espaldas. Cuando estuvo de rodillas en los hombros de su padre, preguntó á éste:

— ¿ Es cosa decidida que no obedecerá usted á nadie más que á mí ?

— Decidido.

— ¿ Desobedecerá usted las órdenes del conde, y se abstendrá de poner los pies en esa taberna del Tonel Rojo ?

— Sí.

— ¿ Y se compromete usted á ayudarme en mi tarea, aunque fuera preciso que sirviese de testigo contra ese hombre ?

— Sí, hija mía.

— Padre, si cumple usted su promesa, le juro á mi vez que perdonaré y olvidaré. Vaya eso en prenda de mi juramento. Alce usted un poco la cabeza.

Obedeció el hombre y ella depositó un beso en su frente. Enderezóse enseguida, y colocando ambos pies

en las palmas de las manos de su padre, ordenó á éste:

— ¡ Arriba !

La dicha que Flavia acababa de proporcionarle decuplicó las fuerzas del indio. Hizo éste un esfuerzo soberano, hincháronse los músculos y las dos manos se elevaron poco á poco.

Un momento después los pies de la mulata abandonaban su moviente apoyo. Estaba sentada en lo alto del muro.

— Hasta muy pronto, padre; — murmuró casi con ternura. — En vez de ir esta tarde á casa del otro, vaya usted á verme, calle Taitbout, 45; allí hablaremos de muchas cosas, presentes y pasadas... ¡ Hasta luego !